

sombrero. Celebró esta peripecia y continuó tan contento su camino. Estaba seguro de poseer el corazón de su amada. Súbitamente acudió á su memoria el aislamiento de Muriel y Norina, ambos del brazo. Y, en medio de la torrencial lluvia, lanzó una carcajada que hizo estremecer á un farol próximo.

XIII

Entretanto, bien diferentes escenas sucedían en casa de los Breteuil.

La señora, apenas hubo penetrado en sus habitaciones, se vistió una severa bata, y con el tono más terminante prohibió la entrada en su cuarto. Norina que presentía una tempestad más temible que la que se desencadenaba en la calle, se desnudaba lentamente en el suyo. Se le ocurrió la luminosa idea de acostarse sin decir nada, fingiendo un sueño profundo, idea que iba á poner en práctica, cuando la señora de Breteuil desbarató tan salvadores planes.

Tras dos golpes secos en la puerta, la anciana, toda de blanco, cual la estatua del Comendador, se internó en el dormitorio de Norina. Esta trenzaba sus hermosos cabellos, y se volvió, como asombrada, hacia su protectora; la visitante cogió una silla.

Viendo que la escena parecía ser larga, la ingenua se aplicó á recoger su pelo en una segunda trenza, que recorrían sus dedos con estudiada calma.

Al verse la anciana en presencia de la culpable y notar la tranquila serenidad de ésta, que había adoptado ya su máscara de inocencia, quedó momentáneamente desarmada. Había visto á Muriel, le había visto, con sus propios ojos, apoderarse del brazo de

Norina, había asistido á aquellos besos recibidos por la ingenua con tanto deleite; se había indignado ante tamaña osadía, y, á pesar de todo, ahora, frente á la candorosa modestia de la joven, vacilaba, dudaba, no sabía cómo salir de la embarazosa situación en que ella misma se había colocado.

Mas esa extraña indecisión no duró largo rato. Pronto reaccionó fuerte y vigorosa.

El actual recatamiento de la joven, se trocó, á los ojos de la señora engañada, en ignominioso descaro. Cuanto más grande era la pureza de aquella frente y mayor el candor de su mirada, tanto más palpable se presentaba la hipocresía.

—¿Has pensado, Norina,—preguntó la señora de Breteuil, esforzándose en dominar su ira—te has figurado que podrías burlarte constantemente de mí, sin que llegase á enterarme?

El rostro angelical se tiñó de púrpura, los ojos inocentes se desbordaron, como copas demasiado llenas, y Norina, con su muy humilde voz, murmuró:

—¡Oh! ¡mi buena amiga! ¿Cómo podéis concebir que me burlo de vos?

La señora de Breteuil recobró de pronto su sangre fría. Cuando la perversidad y mala fe de una persona llega hasta el extremo de negar la evidencia, la cólera que inspira degenera en desprecio, y no se sabe si confundir en sus redes al hipócrita, ó volverle la espalda con mortal y justificada indiferencia.

Pero en la actual circunstancia no se podía echar mano de este último recurso. La señora de Breteuil tenía una responsabilidad moral de la que no podía desprenderse tan fácilmente. Miró el cándido rostro; ¡impecable! Modesta, azarada, con los ojos caídos y la cabeza ligeramente inclinada, parecía Norina dis-

puesta á sobrellevar dulcemente todas las calamidades con que el cielo quisiera martirizarla.

—Reconozco—dijo su protectora—que es absolutamente inútil interrogarte ó reconvenirte. Aunque un poco tarde, veo que eres de esa casta de gentes que, aun cogiéndolas con las manos en la masa, se arreglan para echar la culpa á los demás.

Te prohibí que te permitieras familiaridades con Muriet, ¿es ó no es cierto?

—Es verdad, señora—respondió inocentemente la ingenua; pero fué antes de que estuviese comprometida con Lignón.

—¡Ah!—dijo la de Breteuil, pasmada ante ese argumento imprevisto — ¿Y desde el momento en que vas á ser la esposa del señor Lignón, crees que debes permitirte confianzas con el señor Muriet?

Los ojos azules se levantaron, malos y duros, con una expresión tan nueva, que la señora de Breteuil, en el colmo de su asombro, se quedó petrificada.

—No sé á que llamáis confianzas,—dijo Norina con sequedad.—No tengo nada que reprocharme.

—¿Ni aun el haberte dejado besar esta noche por Muriet?—preguntó la señora, cuya ira volvía á pasos agigantados.

—Si el señor Muriet quiere besarme,—dijo con desmesurada calma,—no puedo evitarlo. En casa de mis padres, cuando él iba á verlos, me abrazaba y nadie ha tenido nada que decir.

La señora de Breteuil cruzó sus brazos sobre el pecho.

—¿Y crees que le gustará eso á tu prometido?—dijo con un aturdimiento sin límites.

—¡No creo que Lignon tenga una imaginación tan

rara, que vea mal donde no lo hay!—replicó Norina bañada en llanto.

Entre otros dones, la señorita de Guerbois tenía el de llorar á capricho; aquella frialdad que tanto daba que hacer á su padre, no tenía la menor influencia sobre las dos lindas fuentes, siempre prontas á rebasar sus sedosos párpados.

—¡Oh! si lloras—dijo la señora de Breteuil—será peor.—¿Entonces seré yo quien verá mal donde no lo hay?

—¡No sé!—exclamó la inocencia ultrajada,—desde hace algún tiempo, me buscan querella constantemente, siempre ven en mí faltas; mi padre y mi madre no me han reprochado nunca nada semejante. Me parece que no se debe acusar sin fundamento á una joven honrada... No, seguramente; nunca hubiese imaginado que me habían de decir tales cosas. No creo conveniente hacerme pensar en lo que debía ignorar.

La señora de Breteuil se levantó.

—Perfectamente—dijo.—No sólo eres hipócrita, sino insolente. Ya arreglaremos esto mañana. Buenas noches.

Salió majestuosamente. Cuando se cerró tras ella la puerta, Norina, echando sus trenzas hacia atrás, le propinó larga serie de muecas y la sacó la lengua media docena de veces.

—¡Así aprenderéis!—dijo entre dientes, para descansar de los esfuerzos de su gesticulación.—¡Tratad de hablar mal de mí á Justino, y veréis cómo se os recibirá!

Al siguiente día, y muy de mañana, pues á orillas del mar puede hacerse visitas más temprano de lo que la buena sociedad permite en París, la señora de Breteuil corrió á casa de su vecina. Esta no se sorpren-

dió gran cosa al verla á las nueve de la mañana, en bata de casa y calzada con chanclos, pues cafa un fuerte aguacero. Ni siquiera le hizo pregunta alguna, porque pensaba, y no sin razón, que si una vecina acude, bajo torrentes de agua á visitar á otra, tendrá algo que decirle, y lo más prudente es dejarla expresarse en la forma que más le convenga.

—¡Tenéis razón!—exclamó la señora de Breteuil— ¡Cien veces razón! ¡Soy una estúpida!

—¡No vayamos tan lejos!—replicó la señora de Anglois sin conmovirse;—emitís vuestros juicios con una precipitación que me parece censurable. ¿Qué ocurre?

—¡Esta pequeña se burla de nosotros!

—De vos quizá, y hace tiempo que lo creo; de mí no se burla ya, os lo aseguro.

—¿Qué ha acontecido?—preguntó estupefacta la señora de Breteuil.

—Y bien, ¿á vos qué os sucede?

—Figuraos,—empezó la visitante, que apenas había tomado aliento,—que tenía prohibido...

Al llegar aquí, hizo una pausa la buena señora, ante la inquisitorial mirada de su amiga.

—¿Qué había prohibido á Norina?... Era tan difícil de expresarlo, que no sabía á qué palabras recurrir.

—Le había ordenado—dijo,—que se alejase de Muriel todo lo más posible; desde que éste me había comunicado tan categóricamente que no se casaría con ella, tenía yo en él muy poca confianza...

—¡Demasiada!—replicó la de Anglois, levantando su implacable índice.

—¡Convengo en ello!—repuso su amiga con toda la humildad posible.—¿Qué creéis que han hecho ayer noche?

La señora de Anglois miraba á su interlocutora

con ojos que chispeaban de malicia y de alegría; parecían bailar de satisfacción.

—¿Qué han hecho?—dijo, conteniendo trabajosamente sus labios para no reirse.

—Se han besado delante de mis narices y de las vuestras...

—¡Delante de las mías no!—dijo la señora de Anglois—porque se ocupaban en otra cosa y sabían lo que se hacían.

La señora de Breteuil se quedó suspensa. Esta manera de escuchar su conversación la desconcertaba.

—En mis narices, ¡sea!—dijo.—¿No os parece que esto es escandaloso?

Las narices de la señora de Anglois temblaron de contento y contestó:

—Horroroso no. ¡Muy gracioso!

—¿Muy gracioso? Y ese pobre Lignón, ¿en qué situación me pone esto frente á él?

—¡Ah!—dijo la señora de Anglois reflexionando.— ¡Quizá le sea indiferente!

—¡Indiferente!

—Es probable, y no lo creará; y si no lo cree es como si no hubiese acaecido.

—¡Vaya una ocurrencia!—exclamó la señora de Breteuil, dando un salto.

—Según el modo de pensar de vuestra protegida, querida, no es según el mío. ¿Y qué dice de esto el señor Breteuil?

—¡No lo cree!—respondió la anciana con acento compungido y próxima á llorar.—Cuando se lo he participado se ha reído, diciendo que me habría equivocado, y que yo tenía la costumbre de exagerar cuanto veía.

Al llegar aquí no pudo contenerse más la de An-

glois. Por primera vez, desde su más tierna juventud, soltó una carcajada que la hizo llorar y tuvo necesidad de recurrir á su pañuelo.

Ante tal espectáculo, la señora de Breteuil, que no lo había presenciado en toda su vida se admiró de tal manera, que llegó á olvidar su contrariedad y no pensó más que en contemplar tan extraordinario acontecimiento.

Rosina acudió alarmada, temiendo alguna desgracia, y no pudo tranquilizarse, ni aun al convencerse de la alegría de su tía.

Cuanto más miraba la de Anglois el rostro descompuesto de su amiga, más le divertía la escena; finalmente dirigióse á la inconsolable señora, y apoyándose fraternalmente en sus hombros:

—Querida amiga,—dijo—no podéis figuraros lo gracioso que es esto; vais á comprender mi jovialidad cuando os diga que un cuarto de hora antes de besar al arquitecto, vuestra ingenua huéspedada había hecho una declaración á Edmundo Reyer. Si á esto añadimos que ha embobado á vuestro marido, hasta el punto de que crea más en la reputación de la niña que en vuestra palabra, deduciréis, como yo, que los hombres son unos imbéciles; pero imbéciles á más no poder.

—No todos, tía—hizo observar dulcemente Rosina.

La mano de la de Anglois arregló los rebeldes cabellos que se hallaban á su alcance.

—No todos, es verdad. ¡Hay una excepción única! —dijo sonriendo.

La señora de Breteuil no había comprendido aún, mejor dicho, no quería comprender.

—¿Qué tiene que ver en esto Edmundo Reyer. si os estoy hablando de Muriet?

—Ya lo sé, ¿y vos me comprendéis? Os digo que ha

hecho una declaración á Reyer, ayer noche en la playa, en mi presencia y en la vuestra. Yo lo he visto, no lo he oído; pero es lo mismo. Rosina también. ¿Verdad, Rosina?

La joven inclinó la cabeza con encantadora sonrisa, mezclada de confusión, y una señal de moderado triunfo iluminó su inteligente rostro.

—Ahora voy á comunicaros una noticia, bien puedo deciroslo. Edmundo celebrará sus nupcias con Rosina dentro de dos meses. En esa fecha heredará ella á un pariente muy rico, que legó su fortuna suplicándole que no se casase hasta los veinticinco años. Aquél era un hombre sensato: pretendía que cuando las mujeres se casan demasiado jóvenes siempre peligran, ora su moralidad, ora su salud. Si esta circunstancia para poder disfrutar de la herencia, hubiera sido un requisito indispensable y no una súplica, creo que Rosina hubiera renunciado al dinero, y ese habría sido también mi consejo, pues no me gusta que se imponga á nadie un sacrificio que tal vez pueda motivar una desgracia. Pero el buen pariente lo hizo tan á conciencia y con tal dulzura, diciendo que contaba con el buen sentido de Rosina y el respeto de ésta á su memoria, que se ha cumplido su deseo. Reyer la pidió en matrimonio, le impusimos de esta circunstancia, que consideró muy lógica y respetable, y dentro de dos meses Rosina cumplirá la edad deseada y será la señora de Reyer, con gran satisfacción de ambos. ¿No os parece muy bien?

—¡Ya lo creo! pero ¿á qué santo tenerlo tan callado?

—Es una delicadeza de mi sobrina,—respondió la de Anglois—ha creído que dos años eran mucho tiempo para la constancia de un hombre, y á fin de que

Reyer pudiese desprenderse honrosamente, si cambiaba de parecer, exigió ella silencio. Todo esto, creo yo que es preferible á los ruidosos amores de Lignón y Norina.

Este nombre reanudó la desesperación de la señora de Breteuil.

—¿Es decir, que esa hipócrita chiquilla hace cara á todo el mundo?

—Justamente—contestó la de Anglois, con la más completa convicción.

—¡Pues bien! Tendréis la bondad de repetírselo á mi marido, para ver si cambia de opinión.

—Os lo prometo—afirmó la de Anglois, volviendo á su estado normal, si bien un poco más seria que de ordinario.—¿Habéis reprendido á la pudorosa niña?

Al recordar la escena de la víspera, sintió la anciana que se apoderaba de ella la cólera. Convencida de la culpabilidad de Norina, comprendió toda la execrable hipocresía de su protegida, y era tal la impresión de la buena señora, que se deshizo en lágrimas.

—¡Cuando pienso—suspiró—que la he querido como si fuera hija mía!

Rosina puso en juego toda la ternura y delicadeza de su alma, para consolar á la pobre mujer; ayudada por su tía, consiguió calmar el duro pesar de su amiga, cuya pena debía dejarle huellas muy duraderas.

La señora de Anglois, pasó á casa de sus vecinos, y, en un momento, puso á Breteuil al corriente de una situación que él estaba muy lejos de soñar. Este excelente sujeto no había considerado á Norina, más que como un animalito gracioso é inofensivo; extrañándose mucho de que pudiera inspirar á alguien aquella abrasadora pasión que Justino Lignón demostraba, lo cual le probaba la pobreza de espíritu del buen mu-

chacho. Aparte de esto, el señor Breteuil se hallaba tan dispuesto á considerar á la ingenua cual si no existiese, como á tratarla con bondad cuando se hallara á su lado.

Las revelaciones, verdaderamente sorprendentes, que acababa de oír produjeron en él el afecto consiguiente: sintió un horror profundo hacia la astuta joven que los había estado engañando tanto tiempo. Para llegar á tal perfección en la hipocresía, debía de haberla ejercitado muchos años. ¿Habría conocido Norina, ni aun en su más tierna infancia, la sinceridad? La astucia siempre es poco simpática; pero cuando se disfraza con aquella infantil inocencia, causa la desesperación de todo ser humano.

—¡No me habléis más de ese monstruo en miniatura!—exclamaba el buen señor—¡que vuelva á casa de sus padres, y olvidemos que ha existido!

Se mostró tan implacable el anciano, que llegada la hora de almorzar fué á hacerlo al casino para no exponerse á tropezar con los ojos de la niña caída en desgracia.

La señora de Breteuil afrontó esa entrevista desagradable, que no fué amenizada por la conversación. Norina aparecía grave y digna, como una persona á quien se ha calumniado horriblemente y que quiere, por respeto á las fórmulas sociales, guardar un comedido silencio. Cuando se veía precisada á mirar de frente á su amiga, lo verificaba con ojos serenos, tranquilos, impecables. La señora de Breteuil parecía estar cortada y, en efecto, sufría un indecible malestar en presencia de aquella tranquilidad imprudente.

Doblando la servilleta, avisó á su protegida:

—Prepara tu equipaje; nos vamos á París, á las dos.

Un vivo carmín encendió el rostro de Norina. El golpe era directo, y aunque lo hubiese sentido, le hubiera parecido muy duro ser despedida en aquella forma, sin preámbulos de ningún género.

—¿Para no volver?—preguntó con desparpajo.

—Tú no volverás, seguramente; yo volveré esta noche ó mañana por la mañana, á más tardar. Procura no hacerme perder el tren. Lo que no tengas tiempo de arreglar ahora, te lo remitiré yo, á mi regreso.

Salió la señora, y Norina enloquecía de rabia.

Un movimiento de cólera la sacudió de pies á cabeza y retorció la servilleta hasta hacerla estallar.

—¡Ya me lo pagaréis! ¡Oh! sí, me lo pagaréis!—decía apretando los dientes, mientras dirigía una obscura mirada de odio á la silla que acababa de abandonar su protectora.

Sin embargo, comenzó á preparar su equipaje. Lo que más la disgustaba era el pensamiento de abandonar á Reyer sin poderle decir ni una palabra. ¿Quién sabe? quizá se hubiese dejado conmovido al verla tan desgraciada.

Con la tenacidad de las mujeres ignorantes, no podía admitir que aquel muchacho fuese insensible á sus encantos.

—Es que no ha tenido ocasión—se decía.—Siempre cohibido por esas dos mujeres de quienes depende, no sé de qué modo, no se atreve á demostrarme sus verdaderos sentimientos en su presencia.

—¡Ah! si la casualidad hubiese permitido que como Muriet...

Un ligero escalofrío entre voluptuoso é impaciente recorría la espalda de la ingenua, cuando pensaba lo que hubiese sucedido si, como Muriet, Reyer la hu-

biese encontrado en sitios oscuros y desiertos, en los corredores, por ejemplo.

Los corredores han debido ser inventados por un arquitecto enamorado, y si no hubiesen existido desde hace mucho tiempo, sería Muriet quien los hubiese dado á conocer, conquistándose una gloria especial, recompensada por el agradecimiento de muchos amantes.

Ella no veía á Reyer, lo cual era sumamente desagradable. En cuanto á Muriet no se preocupaba. En el momento en que, habiendo terminado todos sus preparativos, recorría el salón por última vez para asegurarse de que no había olvidado nada; se abrió de pronto la puerta y entró la señora de Anglois, más compuesta que nunca.

Se adelantó hacia la ingenua, en cuyo rostro angelical se pintaba un terror evidente.

Si existía en el mundo alguna persona de quien Norina hubiese querido huir, era con seguridad la perspicaz amiga de Reyer, la protectora de Rosina, el ser temible y mal intencionado que espiaba como un cancerbero las conversaciones de los jóvenes. Norina no sabía lo que es la *jettatura*; sus conocimientos científicos no la habían llevado hasta ahí; pero los gestos de terror supersticioso que le inspiraba la señora Anglois se hubiese traducido de buena gana por una serie de exorcismos.

—He venido para deciros que os deseo un buen viaje, hija mía—dijo la señora de Anglois casi sin abrir la boca.

No se la veía nada los dientes y, sin embargo, Norina, aterrorizada, se acordó en seguida del lobo de la «*Caperucita encarnada*».

—¿Os fastidia tener que marcharos, verdad?—con-

tinuó la fiera, adelantándose lentamente como para saborear su presa con la mirada, antes de morderla.

Norina se sobrepuso á su espanto y respondió con graciosa modestia:

—No puede fastidiarme el ir á encontrar á mi madre y á mi prometido.

—¡Ah!, es verdad... ¡vuestro prometido! no me acordaba. ¡Se alegrará mucho! ¡pobre muchacho!

Esta vez vió Norina los dientes, y trató de huir; pero se había dejado acorralar en un rincón, y, atrincherada entre dos pesados sillones, no podía salir á menos de saltar por encima de alguno de ellos, lo cual no era del todo factible.

Viendo pues imposible la fuga, se limitó á sonreír afablemente.

Esta sonrisa que hubiera desarmado á la misma Tarasca, no hizo mella alguna en la señora de Anglois; pues cuando ésta se empeñaba, era más inflexible que todos los monstruos legendarios.

—¡Vais á encontrar á vuestro prometido! ¡qué suerte para él! ¡Se aburriría solito! ¿Se va también Muriet?

—No... lo sé—balbuceó la inocente palideciendo.

—¡Oh! si se irá! Ya le encontraréis en París. Allí estaréis muy á gusto los dos; mucho lo queréis, según parece. A propósito, Rosina no puede decirnos adiós, se dispone á dar un paseo en burro con su prometido...

Las turquesas se volvieron de azul de Prusia; en el paroxismo de su emoción, se fijaron, redondos, como platos, en los ojos negros de la señora de Anglois.

—¡No sois vos la única que tiene un prometido... hija mía!—dijo la boca del lobo, enseñando sus dientes, muy blancos.—Rosina también tiene un prometido desde hace dos años; pero no lo hacíamos público...

No hay nada tan ridículo como hablar de esas cosas, antes de que estén hechas. Sin embargo, él la ama mucho. Figuraos que á una necia, una simple (vos no la conocéis) se le había puesto en la cabeza quitárselo á Rosina; para ello empleó toda clase de monadas, y apeló á grandes recursos. Podéis suponer lo que él se reiría! ¡Pues, y Rosina! ¡Oh! hemos pasado muy buenos ratos!

La terrible pata del lobo cogió la helada mano de la ingenua y la condujo delante de la ventana.

—Miradlos como se suben en el asno—dijo.—¡Qué hermosa pareja! Rosina está hoy muy bonita. Bien sé que no le sucede lo mismo todos los días, pero más vale eso que tener siempre la misma carita de muñeca. ¡Si supierais cuan pronto se cansan los hombres! Ya lo veréis cuando estéis casada; adios; buen viaje, hija mía.

Y el lobo desapareció enseñando muchos más dientes de los que se podrían contar en un día.

¡Rosina prometida! Edmundo y Rosina se habían burlado juntos de ella. ¡Cuántos adiós, Dios mío! Cuánto adiós reunido en una cabecita de ingenua! ¡Y cuántas venganzas tendría que preparar! Un sentimiento de simpatía hacia Lignón, el primero y que debía ser el último, salió violentamente del corazón de Norina.

—Mi marido me ayudará en mi venganza—se decía, con el alma llena de fuego acariciador.

Edmundo pasó debajo de la ventana, hablando y riendo con Rosina.

La señora de Anglois, de pie en la escalinata, los contemplaba con maternal y consoladora alegría.

El azulado mar centelleaba; el sol, que consiguió traspasar las nubes, extendía sus esplendorosos

haces sobre la playa y los jardines, aun mojados.

En los tejados de las fondas y en el Casino ondeaban alegres banderolas; la vida elegante y fastuosa se traducfa por la aparición de suntuosos carruajes, de caballos enjaezados y de los ricos vestidos, de colores claros, que se diseminaban por la carretera, por los parques más cercanos y por todo lugar, en fin, donde pudieran ser admirados.

—¿Vivir pobremente?—se dijo de pronto Norina mordiendo con furor su guante zurcido en el dedo pulgar.—¿Cambiar mi miseria por otra? ¡Oh, no! seré rica, ¡no importa de qué modo! ¡Soy hermosa!...

Sus ojos se volvieron hacia el espejo, y se sonrió á sí misma; pero no acabó su pensamiento.

El ómnibus del ferrocarril se detuvo á la puerta, feo, sucio y empolvado.

—Ni aun me paga un coche.—pensó Norina con el alma llena de amargura.

Así abandonó la casa que le había ofrecido hospitalidad, y las honradas gentes á quienes había herido en el corazón.

XIV

La señora de Guerbois escuchaba sin pestañear las confidencias que la de Breteuil tenía que hacerle. De cuando en cuando, durante la explicación, que fué larga, porque la anciana se había empeñado en detallar las cosas desde el principio, la madre de la ingenua se reprimía. Se hubiera creído que todo aquello no la importaba; sin embargo, demostraba gran curiosidad y escudriñaba los menores detalles respecto á las faltas de su hija.

Cuando la señora de Breteuil, muy emocionada y profundamente afligida, cesó de hablar, con el alivio que experimenta una persona que acaba de cumplir un penoso deber, Eulalia, muy correctamente, le dió las gracias por sus cuidados y le aseguró su reconocimiento.

Este reconocimiento se manifestaba en una forma demasiado seca. Pero ¿podía pedir más á una madre que acaba de descubrir defectos tan graves en la educación de su hija? Por otra parte, nada más desagradable que esta llegada imprevista, que no tenía para Norina nada de triunfal.

La señora de Breteuil se hizo todos estos razonamientos con la filosofía de un alma cándida, y en consecuencia, no parecía disgustada por el frío recibimiento de Eulalia. Demasiado contenta por haberse desembarazado de su cargo de responsabilidad, se despidió de su amiga, dió un beso, todavía afectuoso, en la frente de la ingenua y se volvió á la estación de San Lázaro, del mismo modo que un condenado tomaría el camino del paraíso al ser libertado del purgatorio.

Entre la señora Guerbois y su hija la explicación fué tempestuosa; en el curso de las averiguaciones, Norina recibió dos ó tres pares de sopapos que estaban lejos de saldar su cuenta con la virtud, pero que permitieron á su madre interponer un muro entre ellas, sin el cual la vida en común les hubiera sido difícil.

Se convino en que Norina había sido imprudente y tonta, como una verdadera niña que era aún, por la edad; pero que en cambio su madre había hecho mal en dejarse llevar de la cólera hasta el extremo de propinarle el susodicho ultraje; se correría un velo sobre estas faltas recíprocas, á fin de sacar el mejor parti-

do posible de una situación que no dejaba de ser embarazosa.

Y además, ¿qué diría Justino Lignón?

Un solo medio se ofrecía y tan sencillo, que no hubo necesidad de acudir á ningún otro.

Echar toda la culpa á la perversidad de la señora de Anglois, la cual, por los celos de la feucha de su sobrina había calumniado á la inocente Norina y le había hecho perder la amistad de su protectora.

No tardaron en hacerlo saber. Dos días después el enamorado novio se presentó para obtener noticias de su prometida, y se vió abrir la puerta por los sonrosados dedos de su ídolo. Le faltó poco para caer de espaldas; pero la sonrisa de Norina iluminó la sombría antecámara.

Se abalanzó á los dedos que acababan de soltar el picaporte, y aprovechando la turbación ocasionada por su presencia, así como sus derechos de futuro, abrazó á la ingenua del mismo modo que lo hubiera podido hacer Muriet.

Era una excelente entrada en materia.

La feliz sorpresa le había puesto de buen humor, y á condición de dejarle tener entre las suyas la mano de la dulce niña, se le podía hacer tragar, poco más ó menos, todo lo que se quisiera.

La señora de Anglois fué desmenuzada; Rosina pasó por el cuchillo de una inocente lengua, cuyas inconsecuencias son á veces más dañinas que una malicia conocida; con Edmundo Reyer no se metieron apenas; era un amigo de Lignón, y no convenía ensañarse contra él; aunque Norina se enteró pronto que á Lignón no le importaba un amigo, aun cuando éste le hubiese hecho los más grandes favores, si no era también amigo y servidor de su prometida, se envalentonó

con este descubrimiento; pero tuvo, sin embargo, la prudencia de decirse que no convenía devorar á todo el mundo á la vez.

La señora de Breteuil fué tratada, en apariencia, con bastantes miramientos; pero en realidad con excesiva rudeza. No se acusó á su bondad; quizás el tierno corazón de Justino se hubiera sublevado. ¡Qué lástima que tan bella persona se dejase dominar por criaturas malas, de alma tan negra, y sin conciencia!

Lignón les hizo coro, aunque dudando un poquito. Con la profunda ciencia, que se atribuía del corazón humano, se había forjado que la señora de Breteuil tenía un alma bella, unida á una buena inteligencia, escuchó con disgusto y convino en que los seres más nobles, no teniendo desconfianza, son á veces las más accesibles á influencias perniciosas, y sostuvo que la señora de Breteuil estaba llena de sentimientos generosos.

Esto fué una lección de prudencia para Eulalia y su hija. Además, todo esto aburría prodigiosamente á Justino.

Había soñado una existencia tranquila, entre dos orillas esmaltadas de flores. La dulzura y la indulgencia eran su natural elemento, y todo lo que podía turbar el curso soñador de sus pensamientos le inspiraba una repugnancia instintiva.

—Eso no es más que un pequeño error;—dijo—ya veréis como á la vuelta de la señora de Breteuil lo arreglo yo sin dificultad.

Durante los quince días siguientes, Lignón no dejó pasar ninguna noche sin llamar á la puerta de la señora de Guerbois. Entraba, decía algunas amables palabras á la familia, se sentaba al lado de Norina y se aplicaba á penetrarse de ella lo más posible. No escu-

chaba lo que decía; la armonía de su voz bastaba para encantar sus oídos. Aunque ella hubiese expuesto en chino las cuentas de una criada mongola, hubiese quedado persuadido de que murmuraba un canto de amor, en el más correcto francés.

Eulalia no tardó en comprender la pasión de Lignón, muy parecida á la idolatría de los tiempos antiguos, y muy sagazmente, como mujer instruída, educaba ahora á su hija en el camino de la dominación conyugal.

—Obtendrás de él todo cuanto quieras—dijo á Norina—aprovecha estos momentos para acostumbrarlo á que te obedezca; pues más tarde no será ya tan fácil; todo consiste en saberlo trastear bien.

La ingenua lo sabía. ¿No se lo había dicho á Rosina? Así es que desplegó todos sus encantos; supo con el apoyo de su virginal pudor, hacerle desear un beso, hasta casi volverlo loco; aprendió á retirar sus manos, cuando él las había tenido algunos instantes para devolvérselas y retirárselas de nuevo. Llegó á poseer tanta astucia como una vendedora de amor, y empleó las mayores estratagemas para enloquecer al pobre muchacho, que ya lo estaba completamente; pero ¿no era con un fin digno de alabanza, que podía reprochársele, puesto que no le concedía más de lo que puede pasar á la vista de una madre indulgente?

Cuando la señora de Breteuil regresó á París, Lignón, vuelto y revuelto sobre el asador, convenientemente sazonado en agua de rosas, estaba cocido y á punto de ser servido como un filete de cordero en manos de una buena cocinera.

Cuando supo la vuelta de aquella buena amiga, corrió á su casa, impulsado por esa necesidad instintiva y misteriosa, que se experimenta á veces, de ir allí

adonde se sabe que se ha de tener un disgusto; debe de ser algo análogo al instinto de un perro, excitado á sentarse junto á un organillo que le rasga el tímpano, y á dar gritos desesperados delante de su enemigo, cuando tan fácil le sería evitar su suplicio huyendo lejos.

Lignón se presentó en casa de la señora de Breteuil con un aire tanto más desembarazado cuanto más cohibido se encontraba. Sus primeras palabras no fueron muy acertadas.

Después de los saludos de ritual, exclamó:

—Hay mala interpretación entre vos y Norina.

—¿Mala interpretación llamáis á eso?

—¡Naturalmente!—repuso Justino encendido de cólera en parte, y en parte de azoramiento.—Entre dos personas que yo amo y estimo hasta tal punto, no puede haber sino una mala interpretación: así, espero que por mi amistad, consentiréis en demostrar indulgencia hacia una joven cuyo principal defecto es ser demasiado inocente y tener muy poca experiencia.

La sangre de la señora de Breteuil hervía al oír estas palabras que habían servido de manto á tantos pecadillos cuya causa había sido cualquiera menos la inocencia.

Sin embargo, se contuvo, gracias al señor Breteuil que entró y comprendió la situación al primer golpe de vista.

—Puesto que estáis al corriente,—dijo,—decidme lo que ha sucedido, porque os aseguro que no comprendo la menor cosa.

—¡Ah! pero—exclamó Justino sumamente embrollado, porque comprendió en este momento que no tenía conocimiento de ningún hecho positivo.—¿No habéis reprochado á Norina algunas palabras escapadas á su inexperiencia? ¿Creisteis que os faltaba al respeto?

Os aseguro que no hay tal cosa. ¡Si supierais el disgusto por haber sido calumniada ante vos!

—Nadie ha calumniado á la señorita de Guerbois— dijo el señor Breteuil con voz grave.

Justino, estupefacto, la miró con cara asustada, como si saliese de una caja de sorpresa.

—En fin,—respondió desorientado,—vos la habéis dirigido reproches algo duros, ella os ha contestado un poco vivamente...

—La señora de Breteuil no ha dirigido rudos reproches—repuso Breteuil, siempre con calma.

—Sin embargo,—exclamó Justino muy nervioso;— algo han debido decir á Norina para que ésta haya contestado, y su contestación haya disgustado á la señora de Breteuil, hasta el extremo de desterrar de su presencia á una niña á quien amaba y por la cual era amada...

—¡Pobre Lignón!—dijo el señor Breteuil después de una corta pausa,—es preciso que sepáis la verdad. Involuntariamente, pero de un modo positivo, la señora de Breteuil y yo nos hemos encontrado mezclados en este proyecto de matrimonio; y el sentimiento de nuestra responsabilidad nos empuja á descubrir la verdad. ¿Ignoráis en absoluto las palabras de mi mujer, que han provocado las contestaciones de la señorita de Guerbois?

Justino trató de recordar un solo hecho y no lo pudo conseguir. Se contentó con mirar al señor Breteuil de un modo tan tético y melancólico, que hubiese hecho las delicias de la señora de Anglois.

—En ese caso—dijo tranquilamente el orador,—vamos á remontarnos un poco lejos. ¿Habéis sido presentado á la familia Guerbois, por vuestro amigo el señor Muriet?

Lignón hizo un signo afirmativo.

—Pues bien; hacía ya un cierto tiempo que el señor Muriet galanteaba á la señorita de Guerbois, la cual no lo ignoraba.

—Ya sé que á él le gustaba;—interrumpió Justino;—puesto que me dijo que se hubiese querido casar con ella, si su situación pecuniaria lo hubiera permitido; pero...

—Conocemos esas palabras—repuso el señor Breteuil, siempre imperturbable.—Son las mismas que dijo á mi esposa, cuando ésta, en vista de la asiduidad con que Muriet frecuentaba á Norina, se decidió, para saber á qué atenerse, á preguntarle si tenía intención de casarse con la joven.

—¿La señora Breteuil ha hecho eso?—preguntó Lignón abriendo mucho los ojos.

—Justamente. El señor Muriet se apresuró á contestar lo que decíais ahora mismo. Creíamos que se abstendría, desde entonces, de esas atenciones demasiado visibles; más lejos de eso, ha sido aún más galante. Vuestro próximo casamiento parecía deber cambiar las cosas, y esperábamos que la señorita de Guerbois guardaría una conducta adecuada á su nueva situación, con respecto á vos.

—¿Y qué?—dijo Justino completamente pálido.

—Pues bien, parece que ni el señor Muriet, ni la señorita de Guerbois, tenían una noción muy exacta de sus deberes respecto á vos, puesto que mi mujer ha sorprendido á aquél en el momento de depositar dos besos en las mejillas de la niña!...—terminó diciendo el señor Breteuil, impaciente.

Lignón se mordió los labios y quedó mudo; la señora de Breteuil, más muerta que viva, maldecía interiormente la imprudencia de su marido y preveía las

más peligrosas consecuencias... Sin embargo, la explosión de cólera que temía, se hacía esperar; osó levantar la vista, y comprendió que el tiro no había dado en el blanco: Justino no había sido tocado.

—¡Pobre niña!—dijo al fin.—Sería muy cruel, hacerla responsable de las ligerezas de otro. No encuentro en esto motivos para censurarla.

—¡Pero, qué diablos!—exclamó el señor Breteuil empezando á irritarse,—mi esposa le había advertido; y sabía que no debía tolerar las familiaridades de ese señor. No era la primer vez, y podéis estar seguro,—añadió calmándose de pronto,—que no será la última.

Justino le lanzó una mirada tan digna, que el buen hombre tuvo que callarse; pero fué en vano, pues su señora tomó la palabra.

—La primera vez—dijo—advertí á Norina con dulzura. La segunda, cuando, el mismo día en que pedisteis su mano, la encontré, en la playa en amable colloquio con Muriel, á pesar de mi prohibición terminante, la reprendí severamente. Ella me suplicó que no previniese á su madre, y yo tuve la debilidad de dejarme conmovir; y no podéis imaginar cuánto lo siento hoy. Cuando, una tercera vez, á pesar de mi reconvención, la he visto del brazo de ese muchacho hipócrita, dejarse de muy buen grado, besar por él, no he podido sufrir más, os lo confieso. Si eso no es imprudencia, entonces no tengo yo cuarenta años cumplidos, ni entiendo nada de la vida!

—Es evidente que debía haberse mostrado menos confiada—replicó Justino, con el tono en que se hacen las últimas concesiones,—pero pensad en su juventud, en su ignorancia de todo mal,... En esto no la puedo censurar de ningún modo. Si ha faltado en algo, es, sin duda, en no haber aceptado, con todo respeto y afabi-

lidad que merecían, las observaciones que le habéis prodigado; pero poneos en su lugar, mi querida señora; ¡la inocencia acusada!

Los esposos se miraron y la indignación de sus miradas se evaporó para dar lugar á una conmiseración casi cómica.

—Vamos á ver, Lignón—dijo el señor de Breteuil colocando afectuosamente su mano sobre el brazo del joven,—se puede estar enamorado, sin ser ridículo. ¿Creéis que en el corazón de mi esposa ó en el mío, puedan germinar espontáneamente malos sentimientos?

—¡No! no lo creo—respondió Justino realmente emocionado.

—¿Creéis que se pueda arrancar tan fácilmente del corazón un afecto de tantos años como la niña que era objeto de él? ¿Creéis que no nos ha costado mucho? ¿que hemos reemplazado, sin esfuerzo, la confianza por la falta de estimación; y la amistad por una especie de repulsión?

Pues bien, si no nos consideráis absolutamente como dos viejos estúpidos, acusadnos de haber sido ciegos durante mucho tiempo; pero no os figuréis que no haya una palabra de verdad en lo que consideramos un doloroso deber comunicaros.

—Os tengo toda la estimación y toda la amistad inagotable—replicó calurosamente Lignón estrechando las manos á los dos—pero creo firmemente que os habéis dejado alucinar por personas prevenidas y que Norina ha sido calumniada. La pureza es un encanto divino, una envoltura inmateral, que rodea á la virgen ingenua. Norina posee ese encanto en el más alto grado! ¡Si supieseis cuan púdica y reservada es conmigo mismo!

—¡Diantre!—exclamó Breteuil.

—¿Y podéis creer que con otro?... jamás.

—Pero si yo lo he visto!—dijo la señora de Breteuil enojada por esa ceguera que juzgaba tan absurda, que no podía creer en su sinceridad.

Justino sacudió enérgicamente la cabeza.

—Habéis visto mal, querida señora:—dijo con énfasis,—¿queréis más? Lo huviere visto yo mismo y no lo creería. Rechazaría hasta el testimonio de mis propios ojos, si ese testimonio estuviera en contradicción con la aurora de inocencia que corona á tan adorable niña.

El señor Breteuil dió algunos pasos por el salón, con las manos en la espalda; después se volvió brusca-mente hacia Lignón, que, con la frente erguida, parecía desafiar á los elementos, y miró fijamente á este hombre confiado.

—Queréis saber lo que llegaréis á ser y os estará bien empleado?—le dijo lleno de ira—pues seréis....

—¡Caballero, estáis insultando á mi prometida!—exclamó Justino sin dejarle acabar.

Durante un instante hablaron los tres á la vez hasta que, al fin, comprendiendo que éste era el mejor medio de no entenderse, se callaron todos al mismo tiempo, con lo cual no adelantaban gran cosa.

Entonces, Lignón, cogiendo su sombrero, se inclinó delante de sus interlocutores, mientras uno miraba por la ventana y el otro á la chimenea, con idéntico mal humor; y salió con aire de triunfo.

—Y hemos olvidado hablarle del otro—exclamó la señora de Breteuil cuando la puerta se volvió á cerrar.

—¡Oh! ¡no importa!—replicó filosóficamente su esposo; ¡uno más ó menos que más da! ¡Ese infeliz

está predestinado! ¡En cuanto á ella, irá lejos, es seguro! ¿Os acordáis, querida, de la leyenda de Circe? Pues esta otra Circe moderna se ha contentado con cambiar á su futuro en un raro pajarraco, y no será ésta la última metamorfosis que le hará sufrir, si Dios les da vida.

XV

Muy aventurado sería afirmar que Justino no tuviese con su suegra una explicación borrascosa. Así como en casa de Breteuil se hallaba plenamente vencido de la inmaculada inocencia de Norina, así también, al alejarse de sus amigos, entraba de lleno en su alma una duda que la atormentaba despiadadamente.

Reconocía que al hablarle de una diferencia surgida entre su amada y la de Breteuil, se le ocultó la causa de ese incidente. Este silencio no era muy favorable á la señora de Guerbois.

El pobre Lignón tomaba parte en una escena muy poco agradable para él. Si se quisiera pintar el estado de ánimo de la señora de Guerbois, al disculpar á su hija, no bastaría para ello el recuerdo de aquella vieja metáfora de la tigre que defendía ferozmente á sus cachorros.

¡Norina acusada de haber coqueteado! ¡Qué viperina lengua, qué monstruo de maldad había podido inventar tal calumnia? Pero ¡si no había más que mirarla para ver en sus turquesas la fuerza divina de aquel alma angelical!

El asalto fué formidable, y Justino parecía tan pensativo que su futura suegra le amenazó con romper